



¿ES POSIBLE RECONSTRUIR EL ESPACIO PÚBLICO?

Por Sergio De Piero ♦

♦Licenciado en Ciencias Políticas
(UBA). Investigador de FLACSO.

El espacio público está en crisis. ¿Quién puede dudarlo? Pero esta crisis no se agota en las limitaciones que la democracia encontró para realizar sus promesas de una sociedad más justa. Se agotó también el esquema, por así decirlo, bajo el cual pensamos desde finales del siglo XIX la construcción de ese espacio público. Esa forma de pensarlo tenía un eje central: el Estado-nación que se convirtió luego de la Segunda Guerra Mundial en el principal constructor de lo público y en particular el modelo del *Welfare*, o sus "parecidos de familia" en nuestra región. Durante todo este período, público fue igual (o casi) a Estado, y las instituciones que se construían en defensa de lo público (los partidos políticos, los sindicatos, las asociaciones) en realidad lo estaban haciendo para sostener este particular modelo de Estado, que significaba la defensa y el intento por concretar los derechos políticos, sociales y económicos para buena parte de la población. Esta tendencia a la centralidad estatal abarcó distintos modelos sociales y económicos, incluyendo a los revolucionarios.

Esto no deja de ser curioso, ya que el espacio público surgió, en la perspectiva de Habermas, como

el lugar desde donde la burguesía luchaba por sus intereses en contra del Estado Absoluto, en la Europa del inicio de la modernidad. Pero como apunta García Canclini¹, durante el siglo XX el espacio público se concibió también como defensa de lo social frente al poder capitalista, donde lo público es la garantía de los derechos conquistados. Así, el espacio público se traduce como espacio de resistencia a los poderes no representativos y discrecionales del capital y a la defensa de los intereses comunes de los miembros de una sociedad

Pero volviendo a la crisis actual, está acompañada por otra tendencia que ayuda a comprender este proceso, y es justamente el fin de la fe en lo público-estatal como espacio común y con un sentido compartido por las personas. Es aquella magnífica imagen de Richard Sennett: *el declive del hombre público*². Lo público perdió aquella firmeza que nos alentaba a la construcción de los lazos sociales necesarios para ser ciudadanos y construir la *polis* (aquellos que generaron los partidos políticos, los sindicatos, etc.). La fe en lo público implicaba la educación, el derecho al trabajo, el bienestar en general, la reducción de la incertidumbre. Todo esto era posible de ser construido a través del Estado garante. Clara imagen de esta caída se refleja en la desaparición de los símbolos públicos del siglo XX: los actos "patrios",

.....¹ García Canclini, Néstor. "Políticas Culturales: de las identidades nacionales al espacio latinoamericano", en N. García Canclini y C. Moneta, *Las Industrias Culturales en la Integración Latinoamericana*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.

.....² Sennett, Richard. *El Declive del Hombre Público*, Ediciones Península, Barcelona, 1978.

las fiestas populares, las experiencias masivas, la noción de bien público, etc. Es decir, todas las construcciones culturales del siglo XIX que habían fortalecido esta dimensión.

De allí que se plantea un desafío muy claro: cómo pensar el espacio público cuando su piedra angular, el Estado-nación, sufre un profundo proceso de erosión desde arriba (los poderes globales) y desde abajo (lo local, la fragmentación). La conformación de espacios públicos no estatales, como han sugerido algunos autores, se hace eco de esta demanda³.

El espacio público hoy

Los medios. Existe un generalizado consenso, aunque con matices, respecto a que el espacio público actual sólo se comprende ya no desde el Estado, sino a partir del rol de los medios de comunicación. Mientras algunos creen que se ha creado un espacio donde lo ciudadanos deliberan con independencia del Estado y de las empresas (Nicholas Garnham), otros en cambio llaman la atención sobre la concentración de poder que se genera desde este campo (Ignacio Ramonet). Si bien es cierto que se han extendido considerablemente las redes de información e intercambio, la concentración de la propiedad sobre estos medios y el acceso limitado a un escaso número de la humanidad nos impide hablar de la creación de un nuevo espacio desde donde pensar un nuevo público que fortalezca el componente democrático. Por el

contrario, los medios de comunicación "median" entre los ciudadanos y los procesos políticos y económicos, haciendo que *lo público* se convierta en *el público* pasivo y sin posibilidades de intervención; el debate se reduce a la formación de *sentido común*, generado por los mismos medios en favor de las políticas del neoliberalismo. Esto impondría una característica central al nuevo espacio público, donde no sería ya un espacio de defensa de derechos, sino la circulación de información, el hacer público todo aquello que tiene que ver con nuestra vida social, política, económica e incluso (o especialmente) privada. De todos modos, la publicidad de los actos no definen por sí mismos un espacio público nuevo.

Sin embargo, el mayor error sería resignarse a creer en la imposición del universo *orwelliano* de control total, y no descubrir los procesos sociales que -latentes o manifiestos- surgen a la par. ¿Cómo explicar, si no, el fracaso de la Ronda del Milenio en Seattle en 1999, gracias a la acción de los grupos de protesta, si estos un hubiesen contado con los nuevos mecanismos de comunicación, en particular el correo electrónico? O esta suerte de *piqueteros del ciberespacio*, que han bloqueado teleconferencias organizadas por el Banco Mundial, entre tantos otros ejemplos.

Los nuevos miedos. ¿Cómo se constituye, entonces? El espacio público actual, erosionado por la ruptura de los lazos sociales, se convierte, según Zygmunt Bau-

man, "en un *container* lleno hasta el borde del miedo y la desesperación flotantes que buscan desesperadamente una salida"⁴. Y el temor o el miedo no unen a las personas, sino que refuerzan los mecanismos de privatización y enclaustramiento de la vida social. Continúa Bauman: "una vez privatizada la tarea de hacer frente a la desprotección existencial humana dejándola en manos de los recursos individuales, los miedos experimentados individualmente sólo pueden contarse uno por uno, pero no compartidos ni condensados en una causa común ni en una nueva clase de acción conjunta"⁵. La construcción de lo público no es autodefensa frente a fuerzas extrañas, sino por sobre todo convicción en un bien común, que puede ser pensado y diseñado colectivamente. La inseguridad actual, por permanecer en el espacio público, no será fuente de su reconstrucción, sino de una débil malla de enlace entre personas anónimas, alimentada por el miedo a los otros.

¿Desde donde pensar entonces el espacio público? La primera particularidad para comprender lo público hoy es que el mismo ya no se constituye a escala del Estado nacional, sino a partir de la compleja vinculación local, nacional, regional y global. No como compartimentos estancos, o dimensiones claramente diferenciadas, sino justamente en donde lo público nace de su interacción, y se presenta por ahora con rasgos confusos.

¿Qué se hace para recuperar el espacio público?

El título de este breve comentario es por supuesto pretencioso. Se trata no tanto de saber si tiene respuesta, sino de saber si

.....³ Cunill Grau, Nuria. *Repensando lo público a través de la sociedad. Nuevas formas de gestión pública y representación social*, Nueva Sociedad, Caracas, 1997.

.....⁴ Bauman, Zygmunt. *En Busca de la Política*, FCE, Buenos Aires, 2001, pág. 23.

.....⁵ Bauman, Z., op. cit., pág. 56.

al menos la pregunta es posible de formular.

Pero los intentos persisten. En los últimos años se habla con insistencia de un resurgimiento de la sociedad civil y de sus organizaciones, otro tema ligado directamente a la noción de espacio público generalizado o exagerado; lo cierto es que algunas cosas han cambiado en los procesos motivacionales de los ciudadanos a la hora de participar.

En medio de este complejo mundo, podemos distinguir tres corrientes que se presentan en el espacio público, pero que le conciben un rol y finalidades distintos.

La primera de ellas refiere a la extendida y difusa noción de solidaridad, comprendida como la ayuda directa, sin mediaciones, a quienes lo necesitan. Esta construcción, que ayuda a recomponer el tejido social, ha sido en buena medida capitalizada por las antiguas pero ahora renovadas corrientes del filantropismo (por ejemplo, Foro del Sector Social). Desde el mundo privado y cotidiano, ausente de ideologías políticas, convoca a reconstruir el mundo social desde la acción individual. La solución al drama de la pobreza no provendrá de una nueva acción pública, de una política activa por parte del Estado, sino justamente del retiro de éste (acusado de ineficaz, corrupto, etc.) y de la construcción de soluciones a partir de una solidaridad individual y puntual. Su limitación fundamental es que rechaza la tematización de lo público, porque se resiste a hablar del poder en el orden social, de los factores de poder y de los intereses en juego que generan la situación que desea combatir. En su diagnóstico, la clave es la recuperación de los valores perdidos, pero partiendo de la reflexión individual y si es posible "antipolítica". Puede creerse que esta corriente pertenece a los sectores dominantes y tradicionales de la sociedad argentina. Pero cada día se descubren nuevos actores

y espacios que discuten a partir de esta visión.

Una corriente de gran protagonismo en la actualidad asegura que el mecanismo para la recomposición de lo público consiste en el reforzamiento y autonomía de sus instituciones políticas (Poder Ciudadano, Cabildo Abierto). De esta manera se trata de preservar las instituciones de la continua erosión a la que se ven afectadas por las prácticas de sus principales sostenedores, los políticos. Así como algunos gobernantes "enjaulan" los monumentos públicos para preservarlos de los ataques, del mismo modo se trataría de alambicar las instituciones para que no fueran corroídas por las fuerzas destructoras de la clase política. En esta lectura el espacio público pasa a ser simplemente una instancia estática, ahistórica, que debe preservarse aún cuando esa instancia ya perdió todo su valor simbólico para los ciudadanos y no sea más que un espacio, cubierto o saturado, de símbolos que ya no significan demasiado; al contener una fuerte influencia del derecho en esta concepción, las salidas propuestas apuntan siempre al control sobre las acciones del Estado nacional, visto como principal responsable de esta destrucción de lo público, y casi única instancia de poder en la sociedad.

Bastante cierto durante las dictaduras, sin embargo hoy no puede pasarse por alto el rol jugado por otras instancias de poder, aquellas enroladas en el neoliberalismo, modelo social que instauró la privatización del espacio público y cuyas instituciones claves (los Organismos Multilaterales de Crédito, las empresas multinacionales) se han convertido en verdaderos decisores del

espacio público, local, nacional y global, beneficiadas por la ausencia absoluta de nuevos mecanismos de control por parte de los ciudadanos.

Existe un tercer grupo, quizás difuso, pero presente. Es aquel de carácter más transversal, multitemático, pero que articula las diferencias en torno de un nuevo conflicto: aquel que surge de la imposición del neoliberalismo y sus consecuencias de exclusión y pérdida de futuro. Se han multiplicado en nuestro país las protestas, los reclamos, los foros de discusión, asambleas, emprendimientos productivos, economía social, que buscan articular alguna noción de desarrollo, de participación y de lucha contra la exclusión, ni más ni menos que la lucha por "abrir" el espacio público y politizarlo. ¿Sus dificultades? Hacer que ello sea viable en un espacio público destruido. Reconstruir la noción de bien común bajo el dogma neoliberal que implica la exclusión.

Recordémoslo: no toda causa que se haga pública forma parte del espacio público como construcción de ciudadanía, ni el agregado de individuos tras problemas comunes constituye un movimiento social. El dilema central quizás no esté en la protesta en sí, que lo incluye, sino en la capacidad de acción política. Y si de reconstruir el espacio público se trata, debería tomarse en cuenta estas cuestiones. Pero como sugiere el mismo Bauman, se trata de una cuestión de audacia para los movimientos sociales ◀